

De César Vallejo a Miguel Ángel Asturias

Carlos MENESES. Universidad de Islas Baleares

César Vallejo, nacido en Santiago de Chuco en 1892, publica su primer libro de poemas, "*Los heraldos negros*" en 1918. Son poemas, en su mayoría, escritos entre 1916 y 1917, y están aún muy contagiados de Modernismo, y todavía sin comunicación con el movimiento de vanguardia o los ismos que ya por esos años han empezado a aparecer en Europa. Miguel Ángel Asturias, nacido en la ciudad de Guayenal, Guatemala en 1899, realiza algunas publicaciones menores antes de viajar a Europa en 1923, y sólo siete años más tarde o sea en 1930 publica "*Leyendas de Guatemala*", que supone su consagración como escritor y, sobre todo, de escritor latinoamericano en Europa.

Aunque ya narradores y poetas de América Latina han trabajado moldes y estilos con tendencias a mostrarlos como muy propios, tales los casos de Rubén Darío, Clorinda Matto de Turner, José Martí, González Prada o Eustasio Rivera, el certificado del nacimiento de la novela latinoamericana empezará a redactarse años después. Y, aunque tanto Vallejo como Asturias, no son los únicos de esas generaciones que puedan ser considerados como representantes de esa literatura propia, son dos de los más significativos, y sus obras no han cesado de ser leídas, reeditadas, traducidas y estudiadas a pesar de los años transcurridos.

Es seguro que Asturias y Vallejo se conocieron en París hacia 1923, año en que ambos vienen a Europa, aunque no hay huellas de una gran amistad, más sí se han recogido expresiones de admiración por parte de Asturias hacia la obra vallejana. Posiblemente Vallejo también leyó al guatemalteco en los años treinta, cuando vivió en España.

El grado de autenticidad de la literatura latinoamericana no necesariamente ha de lograrse gracias a la utilización de temas históricos, tradicionales o costumbristas, lo que se persigue es la propiedad en las formas, el tono, el escenario, los personajes, todo esto si hablamos de novela o narraciones cortas, de teatro y también puede ser aplicable a la poesía. Si miramos a autores y poetas surgidos después de los años cincuenta, nos daremos cuenta de que son mucho más dueños de su identidad que en las generaciones anteriores. García Márquez, Mario Vargas, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, no han abandonado sus poblaciones, pueden mirar hacia París, Roma, Madrid, pero fundamentalmente analizan, a través de visiones claras y puras,

la idiosincracia del latinoamericano, y por lo tanto los problemas del continente.

Los novelistas del siglo XIX tienen iguales intenciones, en algunos casos como los del argentino, Esteban Echeverría con *"El matadero"*; el ecuatoriano Juan León Mora, con *"Cumandá"* o el peruano Narciso Aréstegui, que publicó *"El padre Horán"*, logran parcialmente su objetivo. Sus temas y sus personajes son propios del continente de lengua castellana, pero no siempre alcanzan las dimensiones necesarias para universalizarse y no quedar exclusivamente atrapados en lo local. Generacionalmente en esos años no se llega a alcanzar el objetivo deseado, la influencia europea es sensible, y ya empieza a notarse la llegada de la literatura norteamericana, aunque difícilmente se puede hablar de influencia durante la segunda parte del siglo pasado, en que la mayoría de los escritores y poetas latinoamericanos tenían su norte en Francia, Italia, Reino Unido y España.

Ya entrados en el presente siglo sí se encontrará narradores y poetas que proponiéndoselo o no, logran condición de auténticos. No se puede afirmar que Vallejo fue el primero, tanto por su poesía como por su prosa, pero sí que fue de los primeros en lograr un sello de autenticidad tan buscado. No sólo porque mire hacia el pasado, en procura de antecedentes históricos o étnicos, o porque con respecto a su presente haga claras referencias al ambiente en que vive, sino también por sus nuevas formas de expresión, así como su manera de entender la vida y comunicarla como si él mismo estuviese en cada uno de sus versos, o los construyera con sus propias emociones, sean penas, alegrías, decepciones, iras. Esto no sólo se da en *"Los heraldos negros"* de 1918, y en *"Trilce"* de 1923, que fueron sus dos libros de poemas publicados en vida, sino igualmente en su novela *"El Tungsteno"* y en varias de sus narraciones cortas, e incluso en su teatro tan poco difundido, y bastante en su actividad periodística que no fue nada breve.

El tema de encontrar el momento en que se inicia la verdadera novela latinoamericana no es reciente, ha sido preocupación de muchos críticos desde hace muchas décadas. No ha resultado tan obsesiva la misma actitud ante otros géneros literarios como Poesía, Cuento, Teatro. El propio Asturias, a quien consideramos uno de los iniciadores de esa novela auténtica, trabaja sobre este asunto en los años 60. En este sentido una de las argumentaciones más interesantes es la del crítico y ensayista peruano, Luis Alberto Sánchez, sobre todo, por la forma tan rotunda de sus conclusiones. En *"América, novela sin novelistas"*, que fue escrito en 1938, ya está señalando a través del título que en el continente hay una impresionante riqueza temática, pero que los novelistas propiamente latinoamericanos no existen. Señala con toda claridad que no existe una novelística mexicana ni argentina, que no hay novela latinoamericana, porque para que ésta exista quienes escriben deben mirar hacia adentro, hacia las entrañas del continente y no dejarse arrastrar por las luminosidades europeas. En los años treinta ya son muchos los que acometen ese tema, destacando entre varios, Torres Ríoseco, en su *"Novelistas contemporáneos hispanoamericanos"*, que es de 1939.

Miguel Ángel Asturias había iniciado la redacción de su novela, "*El señor Presidente*", antes de la publicación de "*Leyendas de Guatemala*", pero sólo la concluiría al finalizar la década de los 30, y aparecería publicada en México en 1940. La recepción de esta magnífica novela, que ya cumple con lo que podríamos llamar los requisitos de una novela propia, fue pobre. La crítica prácticamente no se ocupó de ella. Y debió aguardar casi diez años para que una reedición hecha en Buenos Aires eliminara los amargos tragos mexicanos, y la historia de un dictador latinoamericano, fuera considerada como la novela ejemplar que es. Puesto que no sólo es una visión de la Guatemala triste, dominada por el terror de una dictadura, sino que en esas páginas van teniendo cabida el mestizo o criollo, el indio, la idiosincracia de ese pueblo, sus costumbres y tradiciones, y junto a todos esos elementos que construyen la visión de un país o de toda una serie de países representados por uno, están las artes de gran novelista que es Asturias. Esa musicalidad que es propia de las tierras del autor. Ese ritmo que a veces es presuroso y otras lento, de acuerdo a las escenas y a las circunstancias. La forma de penetrar en el pensamiento del pueblo guatemalteco, y sus raíces no destrozadas del todo que lo conectan con un pasado vigoroso, rico, esplendoroso.

El caso de Vallejo no es tan diferente al de Asturias en cuanto al reconocimiento de su obra. Si en el Perú Vallejo no alcanza las críticas que merece, en Europa tampoco lo logra. Solamente tras su muerte surge el gran poeta que había sido. Sólo entonces llega el reconocimiento a su poesía y a su narrativa. "*El tungsteno*" apareció en Madrid en 1930, y poco después el libro reportaje: "*Rusia 1931*", y ambos tuvieron muy buena crítica. Pero esas palabras elogiosas se evaporaron pronto y fue menester que llegara la muerte del poeta en 1938 para que brotaran los fuegos artificiales de los elogios.

Emir Rodríguez Monegal, señala en: "*Narradores de esta América*", publicado en 1969 "que la nueva novela ha ido a la escuela de Joyce, Kafka, Faulkner y Sartre" y con alguna euforia dice también: "Hoy América Latina puede ofrecer la obra de por lo menos 3 ó 4 generaciones de escritores que constituyen no sólo ejemplares únicos sino que integran una literatura", y en general manifiesta satisfacción porque la narrativa latinoamericana ha conseguido alzar el vuelo. Evidentemente, transpuestos los años cincuenta es ya más fácil hablar de un conjunto de escritores propiamente latinoamericanos, que viven y escriben sobre las preocupaciones de su continente. Todos trabajan personajes auténticamente propios, hay por lo tanto un cambio sustancial con respecto a medio siglo atrás. Por eso mismo, la aparición de poetas y narradores como Vallejo y Asturias, en años sin autonomía latinoamericana, tiene tanta importancia.

Vallejo que se expresó en todos los géneros literarios alcanzó su plenitud con la poesía, pero esto no invalida su nivel narrativo. Autor de "*El Tungsteno*", novela que retrata la crueldad con que es tratado el trabajador, su desamparo y las grandes desigualdades económicas y sociales, es ya el inicio de esa literatura autén-

tica. Posiblemente lo que impide que se la tenga como un gran referente de la literatura de aquellos tiempos, se halle en la diferencia enorme que hay entre su poesía y esta novela que apareció en 1930 en Madrid. Pero la narrativa de Vallejo no queda circunscrita a esta novela. Publicó otras muy breves, así como muy buena cantidad de cuentos, abordando en todos ellos temas andinos, o mirando hacia el pasado incaico, pero siempre utilizando personajes sufrientes de las desigualdades que imperaban e imperan en los pueblos latinoamericanos. El tema étnico, el tema de la corrupción o el de la injusticia contra los indios, tienen cabida en estas páginas que fueron escritas entre 1923 y 1932, aproximadamente. Y que vienen a demostrar la importancia del poeta al margen de la poesía. Y su condición de adalid en la búsqueda de una literatura representativa de su continente.

Volviendo la mirada hacia principios de siglo veremos que los escritores trabajan aisladamente, no existe una membrana generacional y sus metas son muchas veces alentadas por el criterio político. Muchas novelas, ensayos y hasta teatro, obedecieron a comportamientos ideológicos del momento. Y había coherencia en esta actitud puesto que buena parte de los escritores del siglo pasado y de principios de este se desempeñaban en cargos políticos o eran líderes nacionales, regionales o locales, o sea en estrecha unión con la política y más aún, con el periodismo. El proceso que conduce a lo que se podría llamar la purificación de la escritura ha sido largo y como ya ha quedado dicho se puede considerar que alcanza su objetivo al transponer la década de los cincuenta.

Refiriéndose a la novela mexicana, Carlos Fuentes manifestó en "La nueva novela hispanoamericana", publicada en 1969 que: "Sin embargo hay una obligada carencia de perspectiva en la novela mexicana de la revolución. Los temas inmediatos quemaban las manos de los autores y los forzaban a una técnica testimonial que, en gran medida les impedía penetrar en sus propios hallazgos. Había que esperar a que en 1947, Agustín Yáñez, escribiese la primera visión moderna del pasado inmediato de México en, *El filo del agua*, y a que en 1953 al fin, Juan Rulfo procediese en su *Pedro Páramo* a la mitificación de las situaciones, los tipos y el lenguaje del campo mexicano, cerrando para siempre –y con llave de oro– la temática documental de la revolución". No hay duda de que el paso del tiempo es el mejor colaborador para lograr una visión más clara de los hechos y esto es lo que se aprecia tanto en México como en otros países latinoamericanos. Sarmiento, Mármol, Lastarria, González Prada, Tomás Carrasquilla, por citar sólo unos cuantos, abordaron la tragedia vivida en sus tiempos, pero les faltó perspectiva, como señala Carlos Fuentes. En el caso de César Vallejo, no es pretensión ni del poeta, ni del narrador, penetrar en problemas históricos o políticos del momento, tiene preferencia por el trasmundo de la pobreza, por el personaje desvalido, naturalmente, situándolo en el momento que le ha tocado vivir. Aunque en su obra se encontrarán narraciones cortas que retroceden a la época precolombina, como también pueden hallarse cuentos tan hermosos y denunciadores como su aplaudido: "*Paco Yunque*". En toda la obra vallejjiana se comprueba la mirada fraterna que dirige al hombre y que procura auscultar al máximo sus problemas. Y aunque ese

hombre sea continuamente el que conoció en su tierra : Santiago de Chuco, (aunque no siempre lo es de ese lugar), tras la mirada, y a través de la emoción y la reflexión lo elevará a categoría universal, que era la dimensión ausente en la mayor parte de la literatura anterior y aún en mucha de la posterior.

Por su parte Mario Benedetti, sostiene que antes –ese antes señala el siglo pasado y las tres o cuatro primeras décadas de éste–, los escritores latinoamericanos se limitaban a poner ideas en circulación y dice luego textualmente, en su *“Letras del continente mestizo”*, publicado en 1967: “Pero el rumbo de esas ideas no quedaba asegurado, ni su sentido esencial estaba necesariamente defendido contra el proxenetismo cultural que muy pronto iba a vivir de ellas, a utilizarlas como decoraciones de sus énfasis, de sus falsos pudores. Eran ideas que iban a circular inermes, desamparadas, frente al inminente malentendido”. Nos viene a decir que esas ideas que se ponen en circulación se industrializan, se aprovechan con intenciones diferentes a las de sus creadores. Y para dar la visión del cambio que se ha operado indica que ahora los escritores latinoamericanos escriben sus pensamientos apertrechándolos de las necesarias defensas contra esos ya citados “malos entendidos” y las falsas y momentáneas alianzas del parasitismo”, el análisis de Benedetti busca, al igual que el de la mayoría de los críticos, cuándo y cómo se produce la evolución de la literatura latinoamericana. Nos habla de malentendidos en el sentido de no utilización beneficiosa de esas ideas que se ponen en circulación, pero también su razonamiento conduce a observar cómo cambia la literatura del continente mestizo al transponer la mitad del presente siglo.

En *“Letras del continente mestizo”* se estudia a varios autores, desde Rubén Darío, verdadero fulgor en plena noche de la poesía castellana, hasta Mario Vargas y Roberto Fernández Retamar, pasando por escritores y poetas como: Neruda, Borges, Vallejo, Rulfo y otros más, lo que le permite ir tomando el pulso a la literatura latinoamericana y comprobando su cambio lento pero efectivo. De ninguna manera señala que el cambio se produce en tal año, puesto que eso es imposible. Ese cambio es gradual y se va gestando desde finales del siglo pasado, y entre las décadas de los veinte y los treinta empiezan a aparecer los primeros síntomas de transformación así como los gestos de esa alteración en las letras de la América castellana.

La poesía de Vallejo deja huella no sólo como parte de ese inicio de cambio, sino por su consagración a la defensa del ser humano. Por una parte, como ya se ha dicho, sin abandonar el pueblo, el personaje menor, alcanza niveles universales. Por otra, con una claridad meridiana, enfoca no los rostros, no las figuras, sino la interioridad del ser que sufre. No habla de injusticia, muestra lo que es la injusticia. Y su verso no traiciona a la poesía. No se trata de un panfletario, no se trata de un agitador, es un poeta irreprochable, más bien digno de reverencia, que clama en favor de los desválidos, sin perder altura; que examina lo más recóndito de la esencia humana, sin incurrir en bastedad.

La llegada de Asturias a las letras es algo posterior a la de Vallejo. Primero es *"Leyendas de Guatemala"*, publicada en 1930. Que ya señala el comienzo de esa nueva etapa para la literatura de América Latina, y después *"El señor presidente"*, que abre el camino hacia una novelística mucho más auténtica que la que se ha venido practicando hasta esos momentos.

Miguel Ángel Asturias, consigue retratar a su Guatemala haciéndola más real, por consiguiente dolida o patética, pero lo que hace no es una fotografía sin movimiento, su imaginación le permite mostrar los rincones menos conocidos de la conciencia ciudadana, de la sociedad guatemalteca. Penetrar con arte, con vigor pero a la vez elegancia, en un mundo poco accesible para la inmensa mayoría. Dota su relato de un ritmo vivaz, especialmente en *"El señor Presidente"*. Utiliza las palabras como si fueran notas musicales, y convierte la novela en un hermoso pentagrama que por momentos llega a hacerse visual y auditivo. La realidad mágica conduce al lector por ese mundo sinuoso, emotivo, rudo, injusto, pero no lo deja abandonado por el sentido del humor. Todo lo contrario, hay preocupación por no apartarlo del humor, aún en los momentos más difíciles, que son mayoría. En los trances más duros, que abundan a lo largo de la novela. Por supuesto, Asturias no queda atrapado exclusivamente por esos dos títulos, pero tanto *"Leyendas de Guatemala"*, como *"El señor presidente"* son los abanderados de su panorama creativo.

- Asturias, Miguel Ángel. 1930. *"Leyendas de Guatemala"*. Madrid.
- 1940. *"El señor presidente"*. México D.F.
- Benedetti, Mario. 1967. *"Letras del continente mestizo"*. Arca Editorial, Montevideo.
- Fuentes, Carlos. 1969. *"La nueva novela hispanoamericana"*. Editorial Joaquín Mortiz. México. D.F.
- Torres Ríoseco. 1939. *"Novelistas contemporáneos hispanoamericanos"*.
- Rodríguez Monegal, Emir. 1969. *"Narradores de esta América"*. Editorial Alfa, Montevideo.
- Sánchez, Luis Alberto. 1938. *"América, novela sin novelistas"*. Bs.As. 1938.
- Vallejo, César. 1918. *"Los heraldos negros"*. Edición del autor. Lima.
- 1922. *"Trilce"*. Talleres Gráficos de la Penitenciaría, Lima.
- 1931. *"El Tungsteno"*. Editorial Cenit. Madrid.
- 1951. *"Paco Yunque"* en *"Apuntes del hombre"*. Año 1 - N^o 1 - Lima.